

averiguar lo que yo haría, puede usted decirle que se case con ella, que se casen...—Y agregó burlonamente: —Y si es ella quien le manda a usted, lo mismo...—Y repitió con voz ronca: —Lo mismo, lo mismo.—Había entretanto cogido el vaso, que apuró, apoyándose en seguida contra el respaldo de la banqueta, entornando los ojos como si fuera a dormirse. ¿Era fingido aquel sueño? ¿Era verdadero? Sólo sé que no parpadeó siquiera cuando yo me levanté turbado por aquella brevísima escena que me es casi imposible de referir. Y huí de aquella taberna, sin tener valor para prolongar tan inhumana indagación. Ya sabía bastante para comprender que Langlois había tenido razón: Gueneville había hecho el Brutus, como él decía. Había simulado la comedia del libertinaje, obedeciendo a la más singular de las caballerosidades, él, ¡el burgués casado con la señorita noble! Luego encarnó realmente el personaje que fingió al principio. La máscara se le pegó a la piel. La mueca del vicio se había estereotipado, y yo acababa de asistir al último acto de la tragedia más conmovedora que presenciara en mi vida.

LA VIDA ES LA JUVENTUD

I

Cuando la señora de Montclerc pidió a Guillermo Duclós que la acompañara al *Veglione*, que aquella noche se representaba en uno de los teatros de Niza, aquel hombre sutil no se hizo ninguna ilusión. No creyó que aquella mujer hubiera cambiado repentinamente para él. A los cuarenta y nueve años cumplidos, demasiado comprendía que ya no podía inspirar los deliciosos caprichos *que podía evocar* su memoria de hombre corrido. Esa experiencia de soltero recalcitrante y de inveterado parisiense—razón de más—, le indicaban a la vez que el más seguro medio para triunfar de las mujeres es obedecer a todos sus antojos, incluso a los más descabellados, sobre todo a los descabellados. Y por eso había consentido en vestirse, a las once en punto de la noche, con un dominó amarillo y lila, color del Carnaval de aquel año, y se había provisto de un capuchón y de una máscara, ¡a su edad! ¿Era pagar bastante caro, y un poco ridículamente, el placer de tener un secreto con la grácil y exquisita condesa, de quien se

había prendado apenas sin darse cuenta, y a punto de enamorarse verdaderamente? La conoció cuando ella era todavía muy joven, cuando se llamaba Luisa de Condé, hacía veinte años. Porque también ella había traspuesto la flor de la edad, y no estaba más lejos de la lastimera cifra 4, que él de la penosa cifra 5. Por uno de esos azares frecuentes en la vida de hoy, en que las amistades mundanas se relajan y se estrechan muy arbitrariamente, apenas si la había vuelto a ver de tarde en tarde durante esos veinte años. La primera vez que se encontraron le había parecido lo bastante simpática para pensar por un momento en hacerla su esposa. Otra coincidencia, la de una común vida de campo el otoño pasado en los alrededores de París, los había ido aproximando. Duclós comenzó a interesarse por la señora de Montclerc, atraído primero por el recuerdo de la señorita de Condé, y luego por ella misma. A los veinte años, Luisa fué una visión de lozanía rubia y rosada. Sus treinta y nueve años, poco ajados por la vida, pero ajados, sin embargo, conservaban un encanto delicioso y conmovedor: el de la gracia, todavía soberana, aunque marchita y a punto de fenecer.

Sus inmensos ojos azules tenían aún aquella mirada de dulce asombro que Guillermo no había olvidado. Sólo en los párpados se dibujaban, leves, muy leves, invisibles rayas que mañana serían arrugas. El oro de sus cabellos no era menos resplandeciente que en otros tiempos; pero el peinado, de mayor complicación, denunciaba el empobrecimiento de las trenzas tan espesas antes, y que la hermosa joven recogía en un solo y copioso atado. Nada había perdido la tez de su transparencia; pero en las sienes y en las mejillas el tiempo comenzaba a imprimir su huella. El talle, esbelto todavía, no tenía ya tanta flexibilidad. En fin, la edad se notaba; me-

por dicho, comenzaba a notarse. El pleno desarrollo de la mujer la daba un atractivo más voluptuoso, más intenso. Al menos, esa había sido la impresión experimentada por el antiguo admirador, que volvió a ocuparse de aquella a quien por un minuto había pensado en dar su nombre. Los ocho días de vida de castillo, y luego París, precipitaron su sentimiento. Y ahora, aquel baile de máscaras venía a probar que la reciente amistad se había hecho en seguida íntima. Guillermo Duclós repasaba en su mente una vez más las etapas de aquella intimidad mientras rodaba el coche que le conducía a la cita que Luisa de Montclerc le había dado aquella noche, lo mismo que si hubiesen sido él un amante y ella una querida; cuando, insistamos sobre este punto, en torno del cual gira la verdadera significación de este lance, no era él para ella más que un amigo. Duclós recordaba las primeras visitas que la hiciera en la calle Dumontd'Urville, donde habitaba uno de esos hoteles de estilo inglés de los que se han construido en ese barrio después de la guerra. ¡Con cuánto interés, creyendo no obedecer sino a simple curiosidad, estudió Guillermo todo lo que la rodeaba para ver si descubriría indicios de los misterios de su existencia! En primer lugar, ¿congeniaba con su marido? Bastaba ver a Montclerc diez minutos para responder a esta pregunta. Aquel matrimonio no era ni bueno ni malo. No existía. Ningún hijo. El marido, oficial retirado, llevaba la vida del círculo y deporte propia de todos los ociosos de su categoría y su posición. Nadie se explicaba por qué se había casado con aquella mujer; del mismo modo que nadie comprendía por qué ella se había casado con aquel hombre, pareciendo tan extraños el uno al otro.

No tardó Duclós en reconstruir la historia trivial de tal unión: un acuerdo celebrado entre dos fami-

lias, sancionado por la ignorancia de ellos y por la indiferencia de él; un primer período de convivencia aturdida y alegre, interrumpida por un embarazo que había sido para los dos una decepción. Luisa había dado a luz antes de tiempo. La criatura murió al nacer. Y luego, perdida la esperanza de otra maternidad, nada serio ocupó este hogar, presa de las alocadas disipaciones del mundo. A éste había seguido un segundo período; el del choque de dos temperamentos; luego el tercero: el de las infidelidades del marido.

Raimundo de Montclerc había vuelto a hacer su aparición en los bastidores de los teatros de baja categoría y en los salones de damas de clase media. ¿Se había enterado su mujer de sus infidelidades? ¿Habrían mediado entre ellos explicaciones como las que surgen en semejantes circunstancias en que el divorcio asoma? ¿Se interpondrían los padres como todavía hoy se acostumbra? ¿Se habría concertado cierto armisticio? El hecho es que los dos esposos practicaban ahora, uno al lado del otro, aquella separación absoluta, bajo el mismo techo, de la cual se ha querido hacer erróneamente una característica exclusiva del antiguo régimen. Para que se pueda realizar dicha separación se requiere una gran fortuna, mucha indiferencia por ambas partes y una carencia absoluta de sentido moral. Cosas todas que se encuentran en pleno siglo xx.

¿Se había aprovechado Luisa de Montclerc de ese pacto de independencia para buscar el amor lejos de aquello que no era más que una sombra de hogar? O para decirlo brutalmente, ¿tendría algún amante? Esta pregunta se la había formulado Guillermo, a partir de aquel otoño, diez, ciento, mil veces, siempre en vano. Había, sí, con esa prudencia del parisiense avisado, y sin darle importancia, preguntado

a unos y a otros; y no era sólo un nombre el que se le había citado a propósito de la señora de Montclerc, eran varios. Demasiado conocía la ligereza de los comentarios de este orden para tomarlos por otra cosa que por mera indicación. Los hombres corridos no creen jamás enteramente ni en el bien ni en el mal que se atribuye a una mujer a la moda; bien saben que la calumnia se mezcla en todas las murmuraciones, y también que la murmuración se mezcla en todas las calumnias. Duclós había, pues, escudriñado la vida de la hermosa señora de Montclerc, su salón, sus relaciones, con toda la perspicacia de que era capaz, sin que por esto dejara de abandonarse al deseo cada vez más vivo que le acercaba a ella. Y no había conseguido disipar sus dudas. Las costumbres de la misteriosa y delicada condesa eran bastante libres. Una prueba de ello la había encontrado Guillermo en la misma facilidad con que inmediata y familiarmente le había recibido, permitiéndole que le escribiera y aun escribiéndole ella, ella, que desde la primera carta le llamaba ya «mi querido amigo» y firmaba con su diminutivo; invitándole y aceptando de él galanterías; cenas en *cabarets* en compañía de mutuos conocidos; invitaciones al teatro; permitiendo que fuese a verla casi a diario, encontrando muy natural llevarle en su coche siempre que la ocasión se presentaba. ¿Qué significaban aquellas confianzas, que no eran exclusivas, pues la señora de Montclerc procedía del mismo modo con todos los hombres que la rodeaban? Ese proceder despreocupado es el más difícil de interpretar. Duclós no lo ignoraba, y sabía que tras de él se esconde todo: desde la inocencia más pura, hasta la corrupción más depravada. Muchas mujeres honradas le adoptan precisamente porque estando seguras de no caer jamás en el mal, se creen autorizadas a abandonar esa barrera conti-

nua que las costumbres convencionales imponen al sexo débil. Y también le siguen mujeres deshonestas, porque las pueriles familiaridades son una cómoda excusa para las demás. Ese acompañamiento en coche, por ejemplo, que se permiten con diez hombres de su círculo, es irreprochable nueve veces. Esas nueve veces escudan a la décima. Los nueve amigos sirven para disimular al amante. ¡Id a reconocerle entre tantos! ¡Id a descifrar el enigma de un salón como el de la señora de Montclerc, en que hay diez retratos de hombres dedicados, colocados en marcos sobre las mesas junto a un sin fin de recuerdos de Año Nuevo y de los días onomásticos, ofrendados por los amigos de la casa, que constituyen verdadera legión! Además, Luisa sabía, consagrándose a todos con la mayor deferencia, practicar ese arte que un humorista ha llamado maliciosamente «el arte de la distribución». Ella sobresalía, por tanto, en arreglar el horario de sus visitas de manera que el visitante de las tres dejase la casa cinco minutos antes que el de las tres y cuarto, que a su vez marchaba cinco minutos antes que el de las cuatro y media. Es el mismo juego, con dos fines, que practican igualmente las mujeres muy delicadas que, sintiendo el placer de la amistad, dosifican la simpatía para no verse arrastradas demasiado lejos, y las mujeres galantes que proceden así por la «concurcencia». De diez entrevistas que se procuran de este modo, una es culpable. ¡Adivínadla!

Ninguno de estos matices había escapado a Ducíos, y todas las hipótesis que sucesivamente había imaginado sobre los misterios de aquella existencia le asediaban de nuevo en su carrera a través de Niza. La condesa le había citado, como si se tratara de la más criminal de las intrigas, en la esquina de la calle y de la plazuela Grimaldi. Me olvidaba de decir que

ella había ido de París para pasar los dos últimos meses de invierno en Montecarlo, de manera que aquella escapatoria a Niza revelaba una habilidad extraordinaria. Había tenido que tomar una habitación para la noche en un hotel, y trasladarse a él con su camarera para disfrazarse allí. Ese disfraz suponía la complicidad de dicha camarera, pequeño detalle que no había dejado de observar. También había notado este hecho extraño: la insistencia que la señora de Montclerc había puesto, cuando no había entre ellos sino relaciones normales, en querer que no se hospedase en el mismo hotel que ella y que su cita tuviese aquel carácter misterioso. ¿Por qué? Sí. ¿Por qué tales precauciones? — se preguntaba el amigo, tratado como amante, a medida que su coche se iba acercando a la plazuela—. Por Montclerc no es. Está en París, y además... Por el mundo tampoco; quién la conoce aquí... ¿Será por su camarera? Es casi lo más comprometedor que puede hacer a los ojos de su doncella, a menos que no sea ya confidente de alguna otra historia. En tal caso era natural que tratase de evitar que este capricho suyo pudiera ser denunciado a quien debiera serlo... Pero ¿a quién?

Guillermo había repasado mentalmente la lista de los personajes que él tenía como sospechosos, en mayor o menor grado, de gran intimidad con su reciente amiga. De todas maneras, ninguno de esos personajes se encontraba, que él supiera, en la Costa Azul.

Ninguno había alterado su vida para estar donde la señora de Montclerc pasaba aquel fin de invierno, como él había hecho. ¿No cabía dentro de lo posible, después de todo, que Luisa se sintiera impresionada ante aquella demostración de sus sentimientos? Su amistad era, para él al menos, una manera de hacer la corte, la del hombre que no tiene más pretensión

que la de ser consentido como admirador mudo y desinteresado...

¡Son tan extrañas las mujeres! ¿Quién sabe si ella no se había dejado interesar poco a poco por aquel cortejo? ¿Quién sabe si no habría pasado por su mente la idea de un capricho sin consecuencias? ¿Quién sabe?... En fin, cuando el coche se detuvo en la plaza Grimaldi, en el lugar convenido, y Duclós percibió otro carruaje que, parado, esperaba visiblemente, el corazón le latía tan precipitadamente, tan precipitadamente a pesar de todo su ingenio y todo su mundo, como si de su dominó carnavalesco fuera a salir el rostro avejentado de un quincuagenario medio calvo, cuyo bigote debía su presente negrura a un hábil artificio. Y jamás voz alguna, aun en la época de sus primeras citas de amor—hacía lo menos un tercio de siglo—, le había parecido tan dulce, tan llena de promesas, como la de la señora de Montclerc, que le decía:

— ¡Ah! Es usted. ¡Por fin! Imagínese usted que había empezado a figurarme que no vendría y a tener miedo de mi cochero.

Y al decir esto reía con tal nerviosidad, que Guillermo acabó por emocionarse hasta el extremo de quebrársele la voz al decir:

— Estoy absolutamente seguro de que no llego con retraso... Yo era quien podría haberme imaginado que usted no vendría. ¿Faltarle yo a mi palabra? ¡No habrá usted creído esol...

II

De la plaza Grimaldi al teatro donde se representaba el *Veglione* habría a lo sumo doce minutos en coche, tiempo suficiente para disipar aquella emo-

ción que le embargó cuando llegó a la cita. Ya era completamente de aquella mujer tan delicada y tan linda, cuyas pupilas veía brillar a través del antifaz con un brillo como de fiebre. Pero al verse junto a ella en aquel carruaje de alquiler a tales horas de la noche, Duclós sentía que su propia presencia no tenía nada que ver con el propósito de ella. El calificativo de hombre de mundo empleado frecuentemente en aquel caso, no daba de él una impresión exacta. Esa frase lleva consigo una idea de relajamiento y de cinismo, y Duclós era de esa clase de hombres que nacen y mueren caballerescos, cualquiera que sea el medio que atraviesen y cualesquiera que sean los lances en que se hayan aventurado. El signo particular de esos temperamentos es que para ellos el deseo va siempre acompañado de emoción, precisamente lo contrario de lo que sucede a los verdaderos libertinos, que llegan pronto al absoluto divorcio entre los sentidos y el corazón. Un perspicaz moralista, Joubert, ha notado profundamente esta verdad cuando ha dicho que el desenfreno supone siempre frialdad de alma. Sí; Duclós había tenido costumbres y aventuras de hombre de mundo; pero había llegado a los cincuenta años sin que los demasiado numerosos caprichos en que había dilapidado la juventud, hubiesen abolido por completo en él su sentimentalismo ingénito. El se hubiese despreciado, por ejemplo, si hubiera abusado de aquella entrevista concedida por una mujer que le gustaba apasionadamente, y que quizá no le había invitado sino por el firme conocimiento que tenía de aquel aspecto caballeresco. Sucede a veces, y en este caso se encontraba Duclós, que esa delicadeza desarrolla en tales hombres una perspicacia casi anormal a fuerza de ser sutil. Es muy fácil para la mujer amada traicionarles; pero no le es tan fácil engañarles. Se diría que la perciben

sentir o no sentir. Las ruedas del vehículo que llevaba a Guillermo y a la señora de Montclerc no habían aún doblado la esquina, cuando él sabía ya que ella no iba adonde iba más que por otro. Todo el enigma de aquel carácter de mujer se presentó de nuevo ante su espíritu de manera tanto más imperiosa cuanto que estaba allí, tan cercana y tan distante, tan confiada y tan impenetrable. Desde el momento en que el coche se puso en marcha, ni ella abrió la boca, ni él, por su parte, dijo una palabra. Había algo de fantástico en aquella carrera silenciosa a través de las calles de la ciudad alborotada, que hacía bulliciosa la alegría de una loca noche de fiesta. Todo un pueblo transitaba por las aceras risueño, divirtiéndose al paso con innumerables máscaras y bromas. Mientras reflexionaba en lo extraño de su propia situación, Duclós, aprovechando los primeros instantes, sujetó al rostro el antifaz y bajó su capuchón. Una vez que de este modo quedó desconocido, preguntó a su compañera, en el momento que llegaban al teatro, con una ironía indulgente y burlona:

— ¿Estoy bien así para el papel que quiere usted que represente esta noche?...

— ¿Qué papel? — preguntó ella a su vez con voz baja, casi ahogada —. No lo comprendo...

— En cambio, yo creo que la comprendo demasiado—continuó él—. Confíese que va usted a buscar en el Veglione alguien de quien usted está celosa, y se ha dicho: Duclós es el comparsa que necesito para esta comedia. Disfrazado y enmascarado, todavía hará una figura presentable. El no sabrá nada, y por otra parte, aunque lo supiera, me lo perdonaría porque me ama tanto...

— ¡Pero usted no creará eso!...—respondió la señora de Montclerc vivamente, estrechando la mano de su acompañante con una fuerza que denotaba su

nerviosidad—. ¡Dígame que no lo cree!... Sé que usted me ama—añadió con un acento desconocido para él—; no tanto como usted se imagina; pero sí lo bastante para confiar en usted esta noche... —Y luego, suplicando y uniendo sus manos en un gesto apasionado: —Yo le juro, amigo mío, que jamás he tenido la horrible idea que me atribuye. No; nunca he pensado servirme de usted para dar celos a nadie. Demasiado sé lo que se sufre... Pero he tenido necesidad, *necesidad* de estar aquí esta noche—. Y subrayó aquella palabra con una fuerza que no permitía dudar de su sinceridad. — Podía haber venido sola. No me he atrevido. Por eso le he traído, no como un comparsa, sino como un protector... Si me he engañado, si usted no es amigo mío para prestarme un *inmenso servicio* — y volvió a recalcar estas dos palabras—sin pedirme explicaciones, sin sospechar una odiosa maniobra, entonces... — pareció dudar un segundo, y resuelta continuó:—entonces, déjeme. Ahora que me ha costado tanto llegar hasta aquí, tendré la fuerza necesaria para llegar hasta donde yo quiero...

— Perdóneme — dijo sencillamente Duclós, después de un silencio. Había conocido que Luisa no le mentía, y en su voz y en su mirada se reflejaba la emoción. Su curiosidad se agudizaba. ¿Qué motivo sino un punzante interés de amor podía turbar a aquella mujer después de decidirla a una empresa tan audaz y tan extraña en su rango y en sus costumbres? Al mismo tiempo, porque no hay que atribuir a aquel viejo parisiense una inocencia que no tenía, aquella semiconfidencia y aquella complicidad habían despertado en él otra idea: los triunfos por despecho no son, ciertamente, los más lisonjeros, pero son los más frecuentes. Confesemos, pues, que un secreto cálculo se mezcló a la ternura con que el

amigo continuó: — Tiene usted razón para creer que estoy a su entera disposición. Olvide esa injusta queja que no prueba más que lo sensible que soy cuando se trata de usted... y disponga de mí a su antojo; no intentaré ni siquiera comprender.

— Gracias — respondió ella, estrechándole de nuevo la mano. Esta vez, era la presión suave y abandonada de una mujer reconocida que encuentra un apoyo seguro para su debilidad. Duclós aprisionó aquella mano. En el roce de sus dedos finos enlazados a los suyos, podía apreciar la agitación de que Luisa se hallaba poseída. Cuando descendieron del carruaje y consiguieron llegar a la escalera del teatro, donde se agitaba una bulliciosa multitud, aquellos finos dedos se agarraron a su brazo más nerviosamente. A través de la flotante tela del dominó, sentía él, sobre su codo, latir precipitadamente el corazón de la pobre mujer. ¿Adónde iban? Ella misma parecía ignorarlo, porque su paso, seguido por el de su presunto protector, era tan pronto apresurado como lento. Indudablemente trataba de reconocer a alguien entre las máscaras por medio de las cuales se iban abriendo paso. Así dieron vuelta a los palcos principales entre las miradas y las interpelaciones de los desconocidos y desconocidas que se cruzaban con ellos, que tenían la canallesca familiaridad propia de semejantes sitios. ¡Otro indicio más de la importancia que Luisa daba a su indagación! Las palabras, algunas veces groseras, que le lanzaban al oído, y los gestos casi brutales, la hacían simplemente volver la cabeza sin ese estremecimiento que en ocasiones la sacudía cuando creía reconocer un metal de voz o una silueta... Luego, ¡nada! Entretanto, el estrépito de la música que llegaba del interior del teatro revelaba que en el patio, convertido accidentalmente en salón de baile, se agolpaba un gentío aún

más numeroso que el de los pasillos. La gente se apiñaba hasta ahogarse cerca de las puertas. Duclós, temiendo las violencias de la muchedumbre, dijo a su compañera:

— No entremos ahí...

— Sí — respondió ella con decisión —, es preciso que entremos.

Y al decir esto le arrastraba con una presión tan apasionada, que él no resistió. Tenían que atravesar una verdadera muralla de curiosos que, apelmazados los unos contra los otros, observaban el baile. Un cuarto de hora emplearon, poco más o menos, en introducirse hasta llegar a la primera fila, desde donde abarcaron por fin, de una ojeada, el salón de baile que un tablado movable unía al escenario. La orquesta tocaba sobre un estrado, y alrededor cientos y cientos de espectadores invadían los palcos: unos, disfrazados y enmascarados como Duclós y Luisa; otros, hombres y mujeres, conservando el traje habitual de los saraos de la *Costa*: ellos, de corbata blanca y *smoking*; ellas, descotadas y con sombrero. Todo esto formaba bajo las luces de los innumerables cristales policromos, un tornasolado de telas deslumbrantes surcado por manchas blancas y negras. El amarillo y el violeta, los dos matices reglamentarios de la estación, dominaban en aquella agitada multitud. Un rumor de fiesta llenaba la sala. La estrepitosa música tenía por acompañamiento el pateo de los bailarines sobre el tablado resonante, sus exclamaciones, sus risas, las voces de los que hablaban en los palcos, cuando no gritaban; todo un murmullo confuso e inmenso. Aquella bacanal ensordecedora no parecía llegar a los oídos de la señora de Montclerc, a quien Duclós podía ver ahora, inmóvil, escuchando con sus ojos penetrantes el misterio de todos aquellos palcos, desde los proscenios, que más allá

del gentío brillaban a la luz, hasta las plateas, veladas por una propicia penumbra. Alzada sobre la punta de sus pies y erguida su cabeza como la de un halcón que arranca, buscaba, buscaba incesantemente... De pronto, un estremecimiento casi convulsivo de todo su cuerpo reveló a su compañero que había encontrado algo. Los finos dedos que él sentía desde que entraron en el teatro, siempre temblorosos en su antebrazo, se agarrotaron con una contracción convulsa e intermitente. Duclós siguió la dirección de aquella mirada ardiente y fija. Al principio no vió, en la fila de palcos de aquel lado, rostro alguno que le recordase, no ya un nombre, sino ni un parecido... Es decir, sí... en el antepecho de rojo terciopelo de uno de los palcos, estaba, apoyado, un joven a quien reconoció. Era un tal Mauricio Pregy, al que había encontrado algunas veces en casa de la señora de Montclerc y en el que había reparado poco por juzgarle como un fatuo insignificante que de ningún modo podía agradar a una mujer del gusto y de la inteligencia de Luisa. Por primera vez, y bajo el reflejo de aquella luz intensa que daba un realce brutal a las fisonomías, la impresión de insignificancia se cambió para Duclós en otra, no contraria en absoluto, sino bastante diferente. Aquel muchacho de veinticinco años se apareció al quincuagenario, entre el esplendor de la fiesta nocturna, como una viva encarnación de la juventud y de la fuerza. Pregy era hermoso, de una hermosura delicada y varonil, con una tez de intensa palidez ambarina donde brillaban unos ojos claros, casi grises. La abundancia de sus cabellos, la blancura de sus dientes cuando sonreía y la agilidad de su cuerpo al moverse, delataban la profunda vitalidad, las energías de un temperamento vigoroso. No estaba disfrazado. Junto a él, envolviéndole en sus miradas, hablándole de cerca, pregonan-

do, en fin, su capricho con el impudor y la libertad del sitio, se hallaba sentada una mujer vulgarmente vestida de Pierrot. Su descote era tan pronunciado, que sobre el corpiño resaltaba todo el seno y dos pechos tan juveniles como aquel a cuyos deseos se ofrendaba tal desnudez. El cuello de aquella mujer y el modelado de sus brazos daban la idea de que apenas había cumplido los veinte años. De su cara, oculta por un antifaz blanco con labores de perlas falsas, no se veía más que su boca fresca, su barba, sus pequeñas orejas, y sobre la frente la opulencia de una magnífica cabellera de color castaño con reflejos leonados. Toda su actitud decía que estaba locamente enamorada de aquel hombre, al que hablaba más cerca cada vez, mezclando casi su aliento con el suyo. El la sonreía respondiéndole con la condescendencia de una fatuidad voluptuosamente halagada. Así hablaban, sin preocuparse de los amigos y amigas que detrás de ellos charlaban en el antepalco, ni de la aglomeración apiñada debajo de ellos o a su alrededor. Un momento se levantó la joven. El brazo de la señora de Montclerc estrechó el de Duclós aún más convulsivamente. Pregy pareció titubear un segundo y acabó por levantarse. La joven y él se dirigieron a la puerta del palco. Apenas hubieron salido, cuando Duclós se sintió arrastrado por su compañera, que le decía con un dolor cuya causa ya no podía ignorar:

— Vámonos, Guillermo, pero en seguida... Abre-me paso... En seguida—repitió con una insistencia febril—, en seguida—. Y cuando ganaron de nuevo el pasillo, después de atravesar la muralla humana en sentido inverso, añadió con el mismo frenesí: —¡Ahora, a la puerta de salida! ¿No hay más que una, verdad? ¡Ah, Dios mío! ¡Con tal que no haya más que una!... — Visiblemente estaba descompuesta. Ca-

minaba arrastrando a Duclós, al cual se agarró de pronto con las dos manos para no caerse. El joven del palco acababa de pasar junto a ellos, tan cerca que les rozó. Iba dando el brazo a la mujer del antifaz de perlas falsas. El abrigo de ella, lo mismo que el de su caballero, probaban que salían del teatro. La señora de Montclerc inició un gesto para tocar a Mauricio Pregy en el hombro; pero se contuvo y se contentó con apresurar el paso detrás de la pareja. Cinco minutos después, un carruaje, llamado por uno de los *golfos* que a la puerta del teatro acechan la salida, llegaba al peristilo. Pregy desapareció en él con su conquista de aquella noche, gritando al cochero el nombre de una villa. Largo tiempo hacía que aquel coche había doblado la esquina, cuando la señora de Montclerc estaba aún en la acera, anonadada por lo que acababa de confirmar, incapaz de hablar, de moverse, de comprender.

— Señora—le dijo al fin Duclós, asustado por aquella especie de estupor de que la veía poseída—. ¡Señora!...—Ella le miró y, como despertando de un acceso de sonambulismo, le reconoció. Luego, prorrumpiendo en una risa nerviosa que le conmovió por el sufrimiento que en ella había: —Es verdad; estaba usted ahí, amigo mío... Creí que me iba a poner mala... Hacía demasiado calor en esa sala... Pero ahora estoy bien, muy bien... ¿Quiere usted que vayamos a cenar?... ¡Ah! usted me quiere, sí, usted me quiere...—Y repitió: —Lléveme a cenar. Esto será alegre, muy alegre...

— Está usted tan nerviosa—dijo él, al verla aún sacudida por aquella risa espasmódica—. ¿No cree usted que sería mejor volver a su hotel para que descanse?...

— ¿Yo nerviosa?—exclamó ella—; no, yo no estoy nerviosa, le repito que estoy contenta. ¿No quiere

llevarme a cenar?... Confiese que eso es algo extraordinario...

— Está bien—añadió él—, vamos a cenar.

III

He dicho que Guillermo Duclós se había conservado sentimental en medio de la más prosaica de las existencias, la de un soltero rico en París, cuya gran preocupación consiste en correr aventuras a sus anchas en el gran mundo o en el mundo galante. Es decir que, llegada la ocasión, este sentimental podía ser un cínico. Montado en el coche con la señora de Montclerc, y una vez que hubo dado al cochero la dirección de un *restaurant*, aquel cinismo apareció en él en seguida:

— Ella tiene un amante. El la engaña. Ella acaba de recibir la prueba... y quiere vengarse conmigo. Yo sería un tonto si no me aprovechase...—Si no se hacía este razonamiento con tal precisión, empezó por arreglar a él su conducta. Tan pronto como el coche se puso en marcha, cogió la mano de su compañera y depositó en ella un largo beso, diciendo:

— Si dudé hace un momento en obedecerla, es porque no quería creer en mi felicidad... ¡Figúrese! Apenas si me ha dejado usted declararle mis sentimientos... Cuando yo le decía que la amaba, en los primeros días, tenía usted una manera de escucharme tan burlona, que yo no encontraba palabras para expresarme... y me alejaba repitiéndome: Eres un viejo loco. Ella no se interesará jamás por ti... Y ahora, ¡estar solo con usted en este carruaje, ir adonde vamos!... Me parece que sueño... Pruébeme

que no sueño, Luisa, permitiéndome mirar sus hermosos ojos, acariciar sus lindos brazos, besarla... ¿Me lo consiente usted?—Estas palabras no dejaban duda sobre la interpretación que el «amigo» daba al consentimiento de ella de ir sola con él al *cabaret*. Duclós las había pronunciado con un ardor en que entraba—por extraño que esto pueda parecer—como un prejuicio de conciencia. No se ha vivido impunemente un cuarto o más de siglo en sociedades donde reina todavía la moral expuesta con tanta gracia y tanto impudor por Besenval, en sus célebres *Memorias*: «Haber en los hombres, *seducción* en las mujeres, eran los verdaderos motivos que hacían atacar y rendirse. De esta manera se abandonaba con la misma facilidad que se había cogido...» Y además... encontrar tan buena ocasión y dejarla escapar hubiera sido desmerecer para Duclós. A esta consideración de amor propio, casi profesional, se añadía un sentimiento no muy hermoso, pero muy humano, muy masculino más bien. El brusco descubrimiento de que la señora de Montclerc tenía un enredo con Pregy venía a humillar profundamente al amante de los cincuenta años. Su falta de perspicacia le había ridiculizado a sus propios ojos, y más aún la naturaleza de esa elección. Jamás se había dignado fijarse en aquel imberbe de Pregy, y aquel imberbe era el feliz amante de la mujer de quien él, Duclós, no había creído en verdad que hubiese tenido alguno en su vida. Y sin embargo, en el fondo, muy en el fondo de sí mismo, le había concedido el beneficio de la incertidumbre. Esa parcialidad inconsciente es el signo más seguro de una ternura que no se conoce por completo. Algo de esto había todavía en aquel súbito cambio de la actitud de Guillermo: una venganza irritada, un rencor por aquella ternura de que había sido víctima. ¿Víctima? No lo

sería cuando la querida de Pregy lo hubiese sido también suya. Y repitiendo: —¿Me lo consiente usted?...—había ceñido con su brazo la cintura de la señora de Montclerc, atrayéndola hacia sí, sin que ella protestase. Luisa había dejado caer el capuchón que le cubría la cabeza. Cuando los labios de Duclós rozaron los suyos a través de los encajes de su antifaz, ella no retrocedió, pero tampoco le devolvió el beso. Con la boca inmóvil y fría y los dientes apretados parecía un cadáver; pero de pronto, cuando él intentó levantar aquel encaje para un segundo beso más íntimo, ella se apartó de él, al otro ángulo del coche, lanzando un grito. Una convulsión la agitaba más violenta que la del salón de baile, y comenzó a sollozar con una desesperación tan honda, que los bajos sentimientos del hombre afortunado desaparecieron inmediatamente del corazón de Duclós, para no dejar paso más que a la piedad:

— ¡Amiga mía!—suplicaba—. ¡Mi amiga querida, tranquilícese, se lo suplico! ¡No tema!...—Ya no pensaba en engañarla. ¿Es que las voluptuosidades de aquella entrevista iban a reducirse a estrechar con su brazo aquel talle y a rozar aquellos labios cerrados y fríos a través del encaje de un antifaz?... ¡Qué le importaba a él entonces!... —Perdóneme, he sido brutal, pero no lo seré ya. ¡Tranquilícese! ¡Domínesel... ¿Quiere usted convencerse de que no tiene nada que temer de mí?...—Bajando el cristal de la portezuela, inclinándose dijo al cochero: —No vamos al restorán.—gritaba a aquel hombre—, vamos al hotel.—Que era el de la señora de Montclerc. —Ya ve usted que yo tenía razón—añadió con ese tono trivial que se adopta cuando se quiere calmar una crisis nerviosa que no se toma demasiado en serio—. Es mejor ir derechos a su casa para que descansa. Vayamos allí.—El carruaje había tomado la dirección indicada

y la señora de Montclerc se calmaba en efecto; cogió la mano de Duclós con un gesto que probaba la vuelta de su confianza. El le preguntó con una voz profunda, en que vibraba no la vanidad del amigo que sufre una burla, sino los celos apasionados del amante:

— ¿Tanto quería usted a Pregy?...

— ¡Ah!—respondió ella, con la voz profunda de la mujer que no defiende su secreto, que no discute sobre los signos más o menos delatores de una relación que ocultó tanto—. ¡Sí le amol...

— ¿Hace mucho tiempo?—preguntó Duclós.

— Cuatro años—respondió ella.

— ¿Y antes?—interrogó él crudamente.

— ¿Antes?—repitió ella, y tal dolor se reflejó en su acento que él se avergonzó de aquella nueva brutalidad. Y sin darle tiempo a pedirle perdón: —Es verdad—continuó—, usted tiene derecho para pensar así después de haberle ofrecido a ir a cenar, como lo he hecho. ¡Pero he sufrido tanto allí cuando lo he visto marchar con aquella mujer!... ¡He estado local... No, Duclós— y a través del antifaz podía ver en sus ojos la verdad profunda de su alma—, le juro que *antes* no ha habido en mi existencia más que mi marido, a quien nunca quise y que me ha traicionado, y mi hijo que murió... Hace de ello cuatro años, yo tenía treinta y seis... Encontré a Mauricio... Era tan desgraciada por el vacío de mi vida... Era una locura, ya lo sabía, unirme a quien tenía catorce años menos que yo... Sí, ya lo sabía, pero mi corazón estaba enamorado... Yo estaba todavía hermosa... y quise tener mi parte de alegría en el mundo... Y la he tenido tan completa... que en este mismo momento me es imposible arrepentirme de haber sido suya... Y, sin embargo, no es hoy cuando yo me he convencido de lo que había previsto, que dejaría de

amarme antes de que yo lo dejara. Pero aunque yo lo prevenía, no creí que esto fuera tan terrible.. Comenzó por ligeros abandonos por su parte. Cuando me escribía, sus cartas eran más cortas. Sus visitas a mi casa, menos asiduas... Cuando se ama, ¿cómo se notan estos matices! Yo no tenía más que estudiar-me en el espejo por la mañana al levantarme para saber la causa de aquel cambio... Hace un año, Duclós, que me veo envejecer... Por esto no le desalenté en seguida cuando usted empezó a hacerme la corte... Usted me probaba que yo podía agradar todavía... Tengo que confesarle que yo había hablado de usted a Mauricio y se me había mostrado un poco celoso... Soy yo ahora quien tengo que pedirle perdón; pero es preciso que usted comprenda, es preciso... Aquella sombra de celos que él manifestaba ¡me hacía tanto bien!... ¡De tal manera contrastaba con los indicios de indiferencia que se iban multiplicando!... Hace tres meses una conversación me hizo saber casualmente que se pronunciaba, a propósito de él, el nombre de una mujer... No es preciso decirlo: es una de nuestro mundo. Tuve una explicación con Mauricio en la que al menos fué leal: me confesó su infidelidad con tales lágrimas de remordimiento, con tal desesperación ante mi dolor, que le perdoné... Era sincero, estoy segura. Y estoy segura de que rompió con ella... En enero estuvo enfermo; se le envió al Mediodía... y aquí he venido... y aquí he empezado a sufrir. ¿Es que me guarda rencor por el sacrificio que me hizo? ¿Ha disminuído su amor por mí? ¿Se ha cansado de mí y de mis quejas?... En fin, estoy celosa... Me dijeron que ahora tenía ciertas relaciones y he querido saberlo... Ya lo sé...

Se calló. Su respiración se hizo fatigosa. Desató su antifaz como si hasta aquel fino encaje la impidiese respirar todo el aire que necesitaba. A la débil cla-

ridad que sobre el carruaje proyectaban los farolillos a la veneciana que empavesaban la avenida, Duclós miraba aquel rostro encantador. En efecto, los cuarenta años estaban grabados en él con huellas que se le hicieron más querido; le devolvió todo su arrebató de un momento antes, y con el corazón agitado, le dijo:

— Y ahora que usted lo sabe... ¿qué va a hacer?

— ¡Ahl—gimió ella—yo querría, para estimarme a mí misma, pensar que tendría la suficiente energía para romper... No la tendré—continuó con una infinita amargura—. No la tendré, ni aun para ocultarle que le he espiado y sorprendido. Le volveré a ver. Le hablaré con todo mi enojo y con todo mi rencor, y luego seré yo quien le pida perdón. Sé que volveré a empezar y que he entrado en el infierno de mi felicidad... pero también sé que esto es justo... El tiene veinticinco años. Yo voy a cumplir cuarenta. La vida es para los jóvenes, y yo ya no lo soy. Yo ya no tengo derecho a ella.

— La vida es para los jóvenes—repitió él, protestando con vehemencia—; no toda, sin embargo... Acompañándola esta noche, respetándola, conduciéndola como la conduzco sin exigir nada, ¿no la pruebo que hay ciertos sentimientos que pertenecen a todas las edades? Puede ser joven el corazón, cuando los años no lo son...

— Es verdad—respondió ella, meneando la cabeza—, pero no es entonces más que para sufrir...

Dijo esto con un acento tan triste, que él no encontró nada que responder. Así estuvieron callados durante los cinco minutos que les separaban del hotel de la señora de Montclerc. Al detenerse el carruaje, dijo ella a Duclós:

— ¡Qué amable ha sido usted conmigo esta noche, Duclós! ¿Quiere usted ser siempre mi amigo?...

— ¿No irá usted a pedirme que no vuelva a verla?...—suplicó él estremeciéndose.

— Sí—respondió ella—; al menos, durante algún tiempo. Me sería muy doloroso encontrarme con usted mañana—y añadió cerrando los ojos, hasta tal punto la certeza de su debilidad la iba doliendo—; todavía más, pasado mañana...—y muy bajo—: Tendría mucha vergüenza delante de usted.

— La obedeceré—dijo él sencillamente.

Ella no le dió las gracias. Se miraron un minuto. Lo extraño de la situación estaba simbolizado por el contraste entre sus disfraces de carnaval y las frases que acababan de cruzarse. Luisa pareció querer añadir una palabra más. Luego, bruscamente, como si ya la presencia de aquel testigo de su reciente degradación le fuera insoportable, saltó a tierra, cubriéndose con su dominó, y se encaminó a su hotel con paso rápido, sin volver la cabeza. Duclós hizo ademán de lanzarse en su persecución, y después, encogiéndose de hombros, subió al coche, dando ahora la dirección de su hotel y repitiendo indefinidamente:— La vida es para los jóvenes... La vida es para los jóvenes...—Jamás tristeza más honda le había invadido el corazón, que la que en aquel momento le ahogaba en medio de aquella ciudad alegre, donde seguía agitando la loca multitud.

1906.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIB. INTERNACIONAL
"ALEJANDRO RIVERA"
1825 MONTERREY, MEXICO